

zas estrechas y zapatos de piel. Los varones van vestidos casi como las mujeres, con la diferencia de que llevan cinturón de piel que sostiene un puñal con mango y vaina de madera. Los niños en las cabañas andan desnudos, mientras que los adultos temen mucho ser vistos así desde el cielo, lo que, según su opinión, les acarrearía terribles castigos. A veces los trajes de ceremonia, especialmente los de los varones, están ricamente adornados de bordados, en cual trabajo las mujeres demuestran tanta habilidad como buen gusto. Prenda especial para las fiestas es un delantal de algodón azul con adornos encarnados y blancos. El novio regala á la novia un traje de ceremonia y un par de grandes pendientes de plata. Las prendas de lujo japonesas, cuando están usadas, se venden muy bien en Yeso.

Los ainos usaban flechas envenenadas. El gobierno japonés lo ha prohibido. Era un veneno tan violento que mataba un oso en 10 minutos. Comunmente las puntas de las flechas son de bambú, raras veces de metal. Los carcajes son de madera, forrados de corteza. Las espadas, que por lo común son también de madera, parecen haber sido introducidas entre los ainos por los japoneses.

Las cabañas de los ainos descansan sobre estacas cortas; son más espaciosas y cómodas que las japonesas. Las paredes bajas están cubiertas interior y exteriormente de junco; lo mismo que el empinado techo, que á veces mide siete metros. A lo largo de las paredes hay camas elevadas, cubiertas con pieles; en medio está el hogar; no hay ventanas y desde la puerta se pasa á un corredor oscuro que va á parar al interior. Los habitantes usan lámparas de conchas, con pábilo de algodón, parecidas á las de los esquimales. Enciéndese la lumbre con piedra y eslabón, siendo el principal combustible la leña podrida. Junto á la cabaña está la choza de las provisiones. Los muebles, los utensilios y las vasijas parecen groseras imitaciones de modelos japoneses. En la mayor de las Curiles, Etorofu, trabajan muy bien en escultura de adorno. La introducción de productos japoneses ha relegado á Yeso la actividad industrial. Los ainos no saben hacer trabajos de alfarería ni de hierro, y el metal de que se sirven procede del Japón. Los botes (véase el grabado de la pág. 365) son troncos de árboles ahuecados con tablas; cada remero tiene dos remos, pero se sirve de ellos por turno. El ancla (véase el grabado de la pág. 368) es un gancho de madera, cuyo peso se aumenta con unas piedras. Para la pesca tienen anzuelos, redes y arpones con puntas envenenadas. La pesca en los ríos es de bastante importancia, y el comercio de Hakodate depende esencialmente de la prosperidad de esta industria. La isla de Sakhalien y las Curiles son también importantes para el Japón por lo que se refiere á la pesca. La caza proporciona alimento á los ainos del Norte. Los perros de los ainos de las islas, célebres por su tamaño, parecen de raza afín á la de aquellos que arrastran los trineos de los ainos á orillas del Amur inferior. Se encuentran también, probablemente procedentes del Japón, gatos, gallos y ánades.

Con excepción de la vasta llanura de Satsuporo tan sólo en la costa hay trechos de terreno cultivado, interrumpidos por bosques pantanosos y praderas. El interior, montuoso y poblado de bosques, envía á la costa un gran número de rápidos ríos, el principal de los cuales es Isari. Cultíbase con preferencia mijo, tabaco, habas, sandías, pepinos y nabos. El alimento principal es el mijo; se come tres veces al día. Además los ainos comen legumbres, carne y pescado, una hierba marina comestible y hongos. En otros tiempos pagaban el tributo al Japón en pieles y pescados. Comen también una especie de barro, aderezado con cebollas de lirio.

Los ainos respetan más á la mujer que los japoneses y los chinos. Ningún hombre puede casarse antes de los 21 años, y nunca sin el permiso del jefe. La poligamia es permitida tan sólo á los varones principales. Allí no existe derecho de primogenitura: es heredero el que el padre elige. Tampoco la dignidad de jefe es hereditaria. La hospitalidad y la cortesía hermosean y facilitan la vida social. Al fin de los banquetes los convidados beben aguardiente de arroz. No había gobierno propiamente dicho antes que el Japón crease vasallos y gobernadores. La tradición que afirma haber existido una escritura entre los ainos, se refiere probablemente á los caracteres chinos.

CAPITULO IV

ASIÁTICOS ORIENTALES

«No es este un pueblo prudente, fácil de orientarse, innovador é igualmente consecuente en todas direcciones, sino un pueblo reconcentrado dentro de sus ideas.»

SYRSKI

Constitución física, inclinaciones intelectuales. — Unidad supuesta del pueblo chino. — Chinos del Norte y del Sud. — Puntis, Akka y Oklo en Kuangtung. — Los japoneses: tipo fino y tipo basto. — Elementos ainos y malayos. — Coreanos. — Indígenas de la India posterior. — Elementos mogoles, indios y malayos. — Los llamados salvajes de la India posterior. — Emigraciones del Norte á la costa.

Los tres países del Asia Oriental, China, Corea y Japón se pintan en los mapas con el mismo color, que corresponden también á los mogoles del Asia central, y sus pueblos se consideran como pertenecientes á la raza mogola. Para un examen superficial esto parece fuera de duda, pues su predominio en el continente es casi exclusivo. Parece, pues, natural que se hayan extendido hasta las playas oceánicas en la dirección indicada por sus residencias. Además la historia refiere invasiones de los nómadas del Asia interior en la China central, que llegaron hasta las orillas del mar y luego se corrieron á la India posterior, Formosa y el Japón. A un atento observador no se le puede ocultar que la presencia de un pueblo tan dado á la navegación como el malayo, situado frente á la costa Sudeste asiática, no pudo menos de tener por consecuencia cierto avance hacia el Norte.

En el dilatado territorio del imperio chino no se han notado otros elementos de razas distintas de la mogola, mas tampoco se puede afirmar se hayan buscado con detenimiento: sin embargo, se han reconocido diferencias notables entre las poblaciones, causadas acaso por condiciones climatológicas y sociales. De todas maneras es imposible que esta masa inmensa de centenares de millones de hombres sea una raza uniforme. La impresión causada por la posición de los ojos, las caras anchas, los cabellos negros, las cabezas redondas y la estatura comunmente mediana ha hecho equivocarse á los observadores superficiales, pero ya el color de la tez cambia de una á otra zona. En la China del Norte los niños tienen mejillas encarnadas, mientras que en el Sud el tinte general es amarillento oscuro, aunque no tanto que se puedan llamar chinos negros. En el Sud la estatura es más baja que en el Norte, donde se encuentran algunos hombres casi gigantescos. Hagen tomó mil medidas de chinos meridionales, todos más bajos que los pueblos de estatura regular. Este viajero no encontró un solo hombre que llegase á 1 metro 80 centímetros. A la circunstancia de la estatura más alta y del color más claro se debe que sea bastante fácil para un europeo que vista traje de chino no ser conocido de los indí-

genas. Las facciones de los chinos del Norte tienen también más parecido con las de los europeos, mientras que los japoneses y coreanos no se les parecen en lo más mínimo. Al contrario, un indígena de Siam ó de Anam sería más difícil de distinguir entre los chinos del Sud que entre los del Norte, pues por lo general aquéllos se parecen más que éstos á los indígenas de la India posterior. La China tiene también su tipo aristocrático, nariz aguileña, ojos y boca estrechos; la población trabajadora tiene facciones más groseras que recuerdan las de los malayos. Toda la diferencia entre los mogoles endurecidos en el trabajo y los mogoles debilitados por oficios industriales y el uso del opio estriba más bien en condiciones sociales que en variedades de raza. Acaso con el tiempo será posible distinguir mejor los varios elementos del pueblo chino y parece razonable contar con esta posibilidad. En la sola provincia de Kuangtung habitan separadamente tres razas, los puntis, akkas y hoklos, cuyas lenguas, dialectos de la china, se relacionan entre sí como el alemán con el holandés y dinamarqués. Los puntis, que son 21.000.000, dominan en todos los cargos, en el comercio, en la industria y en la agricultura. Sus aldeas demuestran una situación más desahogada que las de los hokkas y hoklos. Casi todas las mujeres contienen el crecimiento de los pies, mientras que las de las otras razas los dejan crecer naturalmente. Sus campos son más fértiles estando en el llano, al paso que los de los hokkas están casi todos sobre colinas y vertientes montuosas. Los hokkas, 4.000.000 poco más ó menos, parecen haber pasado desde el Norte á vivir entre los puntis, y su situación es bastante desfavorable. Sin embargo, son los más fuertes, enérgicos, y tienen más influencia que los demás en las colonias. Comunmente toman en arriendo los campos, pero cuando han formado importantes aldeas se niegan á pagar el arriendo y se arman contra los propietarios del terreno. La mayoría de los hokkas trabaja á jornal en los campos ajenos; de la misma manera se dedican á toda clase de trabajo. Los misioneros tienen en ellos los más numerosos prosélitos. En otra época estos laboriosos extranjeros eran bien acogidos por los ricos propietarios de los distritos meridionales y occidentales del Kuangtung, pero con el tiempo surgió un odio que produjo en el continente motines sangrientos y una continua discordia en Hongkong. A principios de 1860, algunas bandas de hokkas, echados de sus aldeas por los puntis, ocuparon tres zonas entre el río occidental de Kuangtung y el mar, y supieron conservarse allí en una posición tan difícil entre indígenas enemigos: prueba interesante de los varios medios por los cuales se extendió el elemento chino en el imperio, fomentado por la mezcla con otros varios elementos, lo que sin embargo no lleva á una unidad absoluta; pues, aunque las varias razas habiten juntas no se mezclan completamente, conservan sus propias lenguas y otras originalidades. Hemos nombrado como tercer elemento á los hoklos, cerca de 3.000.000, que han salido de la provincia de Fukíán, habitan en su mayoría las costas y se dedican á la pesca y la agricultura. Tienen el color más oscuro y son más fuertes que los chinos del Sud. Se les parecen, según las tradiciones chinas, los tangkas, que habitan en el río Cantón en botes y cabañas construídas sobre estacas. Los hombres son barqueros, trabajan en astilleros y cosas semejantes; las mujeres conducen góndolas. Según Nacken, sus facciones son más abultadas, su color más oscuro y su estatura más baja que la de sus vecinos los chinos del Sud.

También en las colonias chinas existen las variedades propias de una población tan densa. En Singapore son más estimados los chinos de Fukíán; entre ellos se encuentran los

mejores y más corteses mercaderes. Los de Cantón vienen después, luego los de Macao y los últimos en la consideración de la colonia son los habitantes de las costas de Kuangtung, llamados ayas. Son más fuertes, pero indisciplinados, hombres rudos y violentos. En fin, se encuentran los mestizos chinos, es decir, una raza mezclada con los malayos, que hablan malayo y comunmente también chino, pero aprenden con más facilidad el inglés que los chinos puros. No son muy estimados por su actividad, pero sirven generalmente para intérpretes.

Los japoneses tienen el color más claro que otros asiáticos del Este, color que llega á parecerse á la tez de los blancos. Bastián, al entrar en el territorio japonés, escribe: «El viajero que llega al Japón queda sorprendido al ver tantas personas de tez blanca, la cual difiere mucho del tinte amarillo de los chinos y del oscuro de los malayos ó de los indios. Especialmente las mujeres tienen el cutis transparente que estamos acostumbrados á ver entre nosotros.» Esta descripción no cuadra á todos los japoneses. En las clases inferiores, especialmente en las partes septentrionales del Archipiélago, dominan tintes más oscuros, que recuerdan el color malayo, y una constitución gruesa y huesosa. El japonés no ve en esto el ideal de su raza, á la cual atribuye piel clara, cabello oscuro, pero liso y talle esbelto. Los japoneses consideran como rasgo distintivo de razas inferiores el cabello rizado y hasta ondeado: dicen que indica una mezcla de sangre aina. Tampoco en el extranjero causa la población japonesa la impresión de unidad que produce una gran parte de la población china. Bordier pretende que ésta se ha mezclado con seis razas diferentes: ainos, jetas, negritos de las Filipinas, mogoles del Continente, coreanos y en fin, malayos. Broca observó entre sus discípulos á un hombre amarillo, pequeño, de cabello oscuro, que era muy aplicado y silencioso. Le preguntó: «¿Es V. un japonés? — No, le contestó, soy brasileño, pero en París me han tomado á menudo por japonés.»

No se deben olvidar, sin embargo, las diferencias sociales, que producen también diferencias físicas. En las clases superiores, la estatura es más alta y esbelta, en las inferiores predomina una constitución gruesa y musculosa.

Es dudoso que entre la última clase del pueblo japonés se reconozcan huellas de un pasado distinto. También existe en aquel país una clase excluída del resto de la población y considerada impura; esta clase es la de los jetas ó jetoris. Como los parias, están obligados á hacer los trabajos más viles; según el culto de Kami, se les considera impuros desde que el Mikado Tenmu (672 á 678 de nuestra era) prohibió comer carne de animales domésticos; no tan sólo les está prohibida la entrada en todos los lugares sagrados, sino también toda clase de relación con los demás. La consecuencia de esto ha sido el que vivan en aldeas especiales, donde ejercitan sus oficios y pasan su triste vida.

En el Japón hay indistintamente habitantes de nariz ancha y de nariz aguileña, habiendo asimismo algunos tipos de frente baja, nariz ancha y boca grande de labios gruesos; otros más nobles, de forma ovalada, ojos más oblicuos y estrechos, nariz bien formada, boca pequeña. Este último tipo, exagerado, encuéntrase en todas las pinturas, que representan damas principales; el primero, al contrario, en las que figuran personas de baja esfera, y aun célebres guerreros. El tipo más bonito, en los varones, es algo afeminado. Le es propia la expresión inteligente, característica de muchas fisonomías japonesas.

El elemento malayo se reconoce en la construcción de las moradas, que entre los japoneses, malayos y polinesios

tiene por base la edificación sobre estacas. Maget afirma ser herencia malaya el amor á las armas, al lujo, á las riñas de gallos y la riqueza de vocales en la lengua. Las puntas de flechas primorosamente trabajadas, sobre todo de obsidiana, que se encuentran en el Japón, se atribuyen á los polinesios.

La posibilidad de que los malayos, que son los mejores marinos del Océano Pacífico, hayan desembarcado en la costa del Japón, es bastante verosímil teniendo en cuenta la diseminación de estos pueblos entre Madagascar y la isla de Pascua. Es concebible que allí hayan ejercido más poderosa influencia que en el continente opuesto, donde quedaron ahogados en las invasoras oleadas de los pueblos interiores, procedentes continuamente del Occidente, y que pronto se fueron multiplicando en tan fértiles territorios.

También pertenecen los coreanos, por su constitución física, á los varios grupos mogoles. El tipo fino, de ojos oblicuos, predominaba entre las clases más elevadas de Corea y hasta en la familia real, al lado de la fisonomía huna y del tipo malayo. Baelz dice no haber notado en ellos el caucásico, pero afirma lo que ya decían los japoneses, que los habitantes de la isla Liukiu se parecen á los coreanos. Dice que entre centenares de ellos encontró siempre el mismo tipo (tez amarillenta oscura, cara larga, nariz gruesa, larga y comunmente encorvada, barba poblada) que no difiere mucho del tipo más bello entre los chinos.

La opinión de los europeos acerca de la China y el Japón, corresponde al progreso de nuestros conocimientos del país y del pueblo. Los jesuitas y los pocos viajeros que desde el siglo XVII lograron pisar algunas partes de la periferia del grande imperio, no podían tener sobre ese pueblo más que ideas exageradas y hermoseadas por fabulosas tradiciones de dulzura y justicia. Los primeros debían creerlas, pues esperaban mucho en la conversión al cristianismo; los segundos recorrían tan sólo las partes más florecientes del imperio, ya porque llegasen desde la Siberia ó por Cantón, ó bien porque presenciasen en Nagasaki un rico y animado tráfico de preciosas mercancías. Observaron en el comercio, la industria, la riqueza y el increíble número de poblaciones, lo que entonces Europa no podía ofrecer ni en sus regiones más adelantadas. Carecían de noticias acerca de los adelantos á que habían llegado otros pueblos. La China y el Japón eran para aquel tiempo los únicos países civilizados fuera de Europa.

Animándose el comercio especialmente por medio de la apertura de los cinco primeros puertos de la China, unos observadores muy diferentes de los jesuitas desinteresados y de los viajeros sedientos de instrucción, entraron en contacto con los asiáticos del Oriente. Los comerciantes son tan poco sensibles como los primeros hombres que se abrieron paso entre las selvas vírgenes y las praderas. Viajan para ganar dinero y vivir bien. Tampoco tienen mucho trato con las mejores clases de la nación, y su juicio sobre un pueblo depende de la realización de sus esperanzas. Por muchos conceptos sufrieron un desengaño: creían que un nuevo mundo se abría para el comercio y que todas las fábricas de Lancashire no bastarían para abastecer una sola provincia. Muchos se enriquecieron de 1842 á 1853, especialmente con el comercio del opio, que envilece al productor, al mercader, al aduanero y al comprador. Pero los chinos no realizaron todas las esperanzas. Correspondieron en la producción á todas las demandas del Occidente consumidor de seda y te, pero no fueron tan complacientes en la compra de mercancías diversas. Formaron concurrencia al comercio europeo, pues no autorizaron tráfico más que en algunas ciudades de la costa; sistema que dañó no me-

nos á los tibetanos y coreanos que á los europeos y norteamericanos. Entonces pasó del optimismo á las más amargas críticas. Por las obras de Meadow, Medhurst, Hübner, Oliphant y otros observadores imparciales, es fácil formarse una idea del egoísmo y de la ignorancia con que se ocuparon de la China los hombres de Estado ingleses. Elgin dice: «Nuestro comercio se efectúa observando principios desleales para con los chinos y desmoralizadores para nosotros. Es imposible no convenirse, leyendo nuestros libros azules, de que á menudo nos hemos portado con los chinos de un modo que no se puede justificar.» Desde 1860 algunos sabios ú hombres de Estado han penetrado íntimamente en la vida de ese pueblo maravilloso.

La buena voluntad con la cual los japoneses trataron de acomodarse á los convenios hechos con el Occidente, pareció influir algún tiempo en la opinión de los europeos en favor de esta raza dócil de los asiáticos orientales.

Se la calificaba de alegre, cortés, amable, confiada y hasta se encomiaba la caballerosidad de los japoneses. Además el país tenía condiciones mejor ordenadas. Hübner dice: «Al llegar los europeos, el Japón era un país dichoso y satisfecho, no existía gran diferencia entre la clase rica y la pobre; había seguridad y pocas contiendas sangrientas; pero es cierto que la civilización dejaba mucho que desear; una superstición grosera dominaba la plebe, la incredulidad y el escepticismo prevalecían entre las clases elevadas, la mujer era poco respetada.»

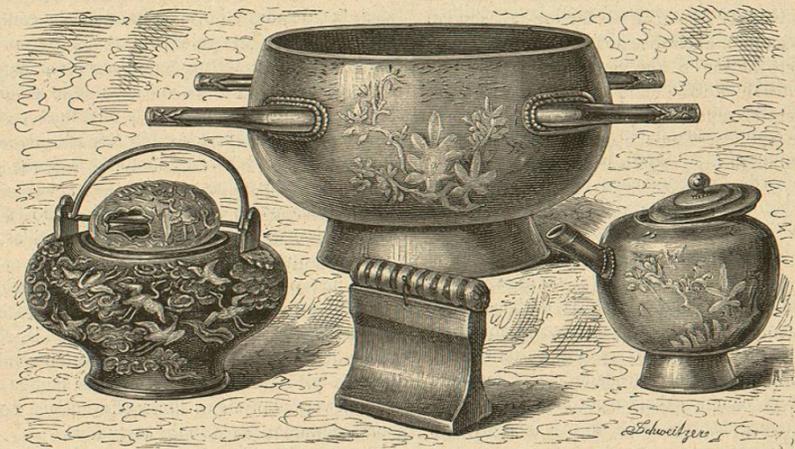
Ya se había criticado á los chinos por ser demasiado serios y adustos, y se criticaba á los japoneses por ser antojadizos y aficionados á novedades. Los médicos opinaban que su constitución física no podía resistir á este rápido cambio de todas las condiciones de la vida, y relacionaban con ello la frecuencia de los suicidios en el Japón. Los hombres de Estado japoneses han procedido acaso con demasiada precipitación; la masa del pueblo no los siguió, y es una cuestión ardua averiguar si el país, tal como se encuentra hoy día y como seguirá por muchos años, podrá sostener los gastos inherentes á las nuevas instituciones. Los productos del Japón no van en aumento; la China es más vasta y tiene tantos recursos, que difícilmente se podrían agotar. Los chinos, á fuer de hombres de sentido práctico, introdujeron en su país antes que las demás novedades europeas, el impuesto de aduanas, que se cobra con mucha severidad; de esta manera crearon un rico manantial de rentas. Además poseen la inapreciable ventaja del número y no es únicamente la superioridad de su civilización lo que les proporciona la preponderancia de las productos en su contacto con pueblos extranjeros.

En la isla de Formosa, en la Mogolia, en las provincias fronterizas de la Indo-China, los habitantes de raza mestiza usan la trenza, la escritura jeroglífica, el opio etc., en medio de los indígenas. China ha permanecido inaccesible á las influencias extranjeras. El contacto de este coloso con los europeos, no ha podido efectuarse sino por medio de un limitado número de individuos, y sus efectos sólo pueden penetrar lentamente en el cuerpo del pueblo, porque es imposible que las relaciones lleguen á ser rápidamente íntimas: la verdadera reforma debe estar en los corazones. Que esta reforma ha de empezar por la familia, mejorando la posición de las mujeres, es innegable. La tenacidad de los chinos dimana de la persuasión arraigada de su superioridad sobre los demás asiáticos, y les hace creer que no pueden ir más lejos. Este estancamiento no se extiende á las cuestiones prácticas de la vida, que tengan relación con su afán de lucro. El chino, como mercader, no es conservador; le es indiferente la elección del

sitio donde debe establecer su comercio. La estabilidad es una de las falsas abstracciones que siendo propia de los mandarines se ha atribuido al pueblo. Se puede afirmar resueltamente que en Europa, antes de que en ella se estableciesen caminos de hierro, no había tráfico que se pudiese comparar con el tráfico del interior de la China. El hecho de que el comercio está principalmente en mano de los indígenas de ciertas provincias septentrionales, prueba la afición del chino á la vida nómada del mercader ambulante. Hace largos viajes pasando la cordillera fronteriza de Yunnán, para ofrecer sus mercancías de seda y metal á los habitantes del Norte de Siam. Visita también las provincias rusas del Amur, aunque muy poco pobladas; empieza á recorrerlas en la primavera, hasta que la nieve le obliga á volver á refugiarse en su patria ó en la casa de algún paisano suyo para pasar el invierno bebiendo te, fumando opio y jugando á juegos de azar. Los establecimientos

europeos en la China se llenaron de chinos, los cuales llegaron en tropel sin ser llamados, y esto prueba también que no tienen repugnancia á cambiar de domicilio.

Los asiáticos orientales en las regiones donde no se hallan tan en contacto con los extranjeros, producen mejor impresión en el observador. Richthofen, el primer naturalista europeo que visitó Setchuán, dice que los habitantes eran amables, y finos, cordiales y tenía la persuasión de que pronto serían nuestros mejores amigos, y hasta llegó á decir que no existe sobre la tierra una raza de hombres más buenos. El único inconveniente que encontraba, era la molesta curiosidad del pueblo, que llenaba las calles para mirar al extranjero, pero todos evitaban cuidadosamente cerrarle el paso. Cooper, que atravesó la China en circunstancias difíciles y tuvo en su contra la malevolencia de las autoridades, dice que un inglés, que vivió entre ellos como uno de los suyos, asegura que tan pronto como se



Objetos japoneses (Museo Etnográfico, Munich).

conoce á los chinos de la clase media y á los campesinos, se les quiere. Amables, finos, complacientes, son tan dados á la amistad como nosotros nos figurábamos que lo eran á la barbarie: sus mismas faltas despiertan más bien compasión que disgusto.»

Lo que no se puede negar son los robos frecuentes en las costas, pero estos delitos jamás los cometen los honrados habitantes del centro. Uno de los rasgos característicos de los chinos es su carácter jovial; aun cuando estén disputando, la menor cosa les hace reír, y la cólera desaparece. El viajero en la China debe aprender el arte de tratar á aquel pueblo curioso y molesto con dulzura, sin enfadarse, diciendo oportunamente alguna broma que distraiga á la multitud. Hasta los mendigos se muestran alegres; los demás habitantes los tratan con cortesía, dándoles algún socorro.

En todas las instituciones se ve dominar la misericordia; el trato entre las varias clases, especialmente en el Japón, descansa sobre mutuas cortesías. En la China cada ciudad tiene establecimientos para socorrer á la miseria, y es una calumnia decir que semejantes fundaciones procedan de creencias supersticiosas. En ciertos casos los ricos están obligados á distribuir limosnas entre los pobres, y esto aunque forzoso, es siempre una cosa muy buena. Hay distribuciones gratuitas de medicamentos y ataúdes; y los particulares, en tiempos de carestía, venden á los pobres arroz por un precio insignificante. Los ricos suelen dejar

en sus testamentos cantidades para la conservación de los caminos públicos.

Por lo que se refiere á la inteligencia de los chinos, ha sido más estimada que su bondad y su moralidad. Su talento se ha revelado en la literatura, en muchas invenciones, en sabias leyes, y en general en todo el desarrollo de su peculiar civilización. En efecto, hay chinos de espíritu sumamente penetrante, dotados de gran paciencia para descender hasta á los menores detalles. Si se ha dudado del ingenio chino, es porque los últimos objetivos que ha alcanzado difieren completamente de los nuestros.

La estancación de esta civilización es lo que los europeos no comprenden. Para nosotros es difícil colocarse en la situación del chino, del japonés ó del coreano, el cual ha estado siempre satisfecho con su civilización, que consideraba casi perfecta. El asiático oriental estima lo que posee como lo mejor, no se deja llevar de fantásticos ideales, ni se preocupa del progreso futuro. Para crear lo existente en el arte y en la literatura, han necesitado forzosamente esa imaginación que se les niega y que no deja de resaltar en sus obras. Los cuentos del Japón, las novelas chinas despiden un perfume de tan rica fantasía como los mejores productos de esta clase en las literaturas del Occidente. Es admirable también el buen gusto de los chinos y de los japoneses en los colores de sus pinturas de adorno.

Scherzer advierte en los chinos, como en general en las razas asiáticas orientales, una facultad de desarrollo que sólo